

como en una lejana juventud junto a una su hermana que lánguidamente hacía sollozar un piano. Y por la ventana se veían surtidores en la sombra, magnolias a la luna. De lejana juventud lo ilusionaron...

En eso la noche sacudió tres o cuatro pétalos de nieve, de una menuda nieve de fin de estío y cayó una cigarra.

Al despertar, el hombre pobre se alzó y caminó. La cigarra había caído sobre su pecho, se metió entre sus ropas y la llevaba consigo.

También se metió entre sus ropas el árido olor ce-real al cruzar un trigal.

La cigarra sintió latir el corazón del hombre pobre, con el ruido igual al de las ramas que se mueven.

Y cantó al calor de su corazón.

El mendigo la oyó, pero no supo que la llevaba consigo. Ya se sabe: el canto de la cigarra siempre está lejos.

1803.